

Una noche, cerca del amanecer, en que salía del Diario Ilustrado, con un humor de perros, y dispuesto a no cambiar palabra con bicho viviente, se me acercó un antiguo conocido de cuyo nombre no quiero acordarme.

Sin profesión ni rumbo fijo, deportado de su patria - ignoro si Colombia o Venezuela - por sus ideas libertarias, casado con la que fué su primera patrona de pensión y con ^{un} número incalculable de chiquillos que nacen o se mueren oportunamente cada vez que su progenitor necesita cinco pesos para ahogar en vino el torcedor de su fecundidad o de su tristeza, "el exilado", como suele designarse a sí mismo, no constituye una amistad recomendable, especialmente, en época de crisis.

Al verle apreté el paso; pero me dió alcance.

Estaba totalmente bebido. Es evidente que aquel día había muerto o nacido alguno de sus vástagos. Con el cuello de la mísera chaqueta subido hasta las orejas, parecía más angustiado y trágico que nunca.

- Vengo a prevenirlo - me dijo - que hay un grupo de tenebrosos que conspiran en contra del Coronel, y un Agente de la Sección me ha encargado que converse con usted y le pida que se cuide porque pueden enredarlo en el asunto.

- ¿A mí? ¡Sabe que es gracioso!

- Lo mismo le he dicho yo: Mi amigo Prieto no es hombre para tender una celada en el misterio. Nosotros, los escritores, combatimos siempre con la visera alzada, caballerezcamente. Ud. es un sicario y acaso no comprenda estos matices de la personalidad. Un hombre de letras puede ser un bohemio, un perdulario, pero nunca un tenebroso.

- Le agradezco la defensa.

- Fué inútil. Los sayones carecen de perspicacia psicológica. Me insistió en que le advirtiera.

- Gracias.

Me estendió la mano.

- Perdóneme. Acaso he ofendido su delicadeza; pero Ud. no lo ignora, yo también soy partidario de la libertad. Como amigo le prevengo: Cúidese. Hay tenebrosos que complotan. Evítelos.

Y sin pedirme dinero, se perdió en las sombras de la noche.

¿Quiénes serán los tenebrosos?

Un hecho fluye de la conversación con "el exilado". La policía se prepara a dar una batida.

A las nueve de la mañana voy a ver al General Vial Guzmán y le impongo de la extraña advertencia.

- ¿No será Ud. uno de los tenebrosos?

Alza la vista del libro que tiene sobre las rodillas y sonríe.

- ¡Bromas de la policía! - dice. Los pobres agentes tienen que justificar su sueldo, inventan algo...

- ¿Ud. no ha recibido visitas estos días?

- Sí; unos cuantos viejos han venido a verme. Joaquín Walker, Gonzalo Bulnes... Los de siempre; No hay nada. Yo estoy haciendo un estudio constitucional.

- Y ¿no ha notado vigilancia?

- Nada de particular

Las églogas de Virgilio, abiertas sobre una mesa, me tranquilizan un tanto respecto a las intenciones bélicas del General.

Por el momento la conspiración a que alude el poeta tropical, si no es una fantasía del alcohol, debe estarse tramando en otros círculos.

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

El primer tenebroso con que tropecé, tenía el espíritu alegre y la cara risueña.

Escéptico y vividor, no contaba con más armas que su ingenio para llevar a cabo la conspiración, y, aunque el Coronel Ibañez, a la sazón omnipotente Ministro de la Guerra, acababa de privarlo de su puesto de ~~Gerente~~ Gerente de la Caja Agraria, nada denunciaba en su fisonomía al amargado que va tras una venganza personal. Tampoco era un visionario.

Estaba en esa edad de los cuarenta, en que el estómago, abogando por sus fueros, comienza a dejar un poco atrás el pecho, quizás como una advertencia de que es tiempo de que las realidades se sobrepongan a los sentimientos; pero, fuera de esta ligera insinuación y de complementar con una papada muy romana las líneas clásicas del rostro, los años habían resbalado sobre el cuerpo sin comprometer gran cosa el optimismo juvenil.

Si Ibañez hubiera pensado como César que solo son peligrosos los hombres débiles y flacos, no habría hallado jamás en Alejandro Rengifo pasta de conspirador, ni mucho menos habría cometido la insensatez de dejarlo cesante.

Su instinto maravilloso, propio sin duda de la raza indígena, había permitido sin embargo al futuro dictador, sin saber mucho de César, darse cuenta del peligro oculto bajo la capa de gordura, y allí estaba el hombre retorciéndose un rizo de la frente, síntoma inequívoco de preocupación, y haciéndome insinuaciones subversivas.

- Es preciso hacer algo. Estamos reventados. Ibañez hace y deshace a su antojo del Gobierno y con sus demás compinches va a llevar a la ruina a este país estúpido. Nosotros mismos no estamos seguros. Ya ves como han deportado a Manuel Rivas, a Santiago Labarca, a Rafael Luis Gumucio. Cuanto prógimo vale algo o tiene un ápice de patriotismo es echado a puntapiés. Es necesario defenderse.

- Yo hago lo que puedo desde El Diario Ilustrado...

- No basta: A un caballo como Ibañez no se le inutiliza disparándole pelotillas de papel.

- ¿Vas a proponerme entonces que tratemos de sublevar al Ejército?

- ¡Que esperanza! El Ejército está gordo; cada oficial tiene automóvil y vive en el mejor de los mundos.

- La Marina parece más conciente.

Alejandro no pudo reprimir una sonora carcajada.

- ¡La Marina! ¿Que sabe la Marina de estas cosas? ¡Ni siquiera se dan cuenta los porteños que están en tierra firme!...

- Supongo que no intentarás un movimiento popular.

- El pueblo es más incapaz que la misma oligarquía. A lo menos esta se vende a mejor precio. Ambos nos apoyarán, claro está, cuando triunfemos... Por ahora no hay que esperar nada de ellos.

- Pero, entonces ¿con quien cuentas?

- Hay elementos sueltos ¿oyes? hay elementos dispersos. Lo mejor, lo que más vale, lo que no se vende, lo que se percata de que toda esta decoración de grandeza nacional es una farsa, está en contra de Ibañez. A esa gente hay que agruparla...

- ¿Como?

- ¿Tu conoces la fórmula rusa?

Un desconocido pasaba en ese instante junto a nosotros e interrumpió el diálogo.

En pocas palabras me explicó la fórmula: Consistía en formar células de tres en tres.

- Nos ponemos tres o cuatro a la cabeza y elegimos, cada cual, dos amigos bien seguros y discretos. ¡Fíjate que nos va el pellejo en la elección! Cada uno de ellos, a su vez, constituirá una célula con otros dos y así sucesivamente. Si la policía sor-

prende una reunión, no cogerá nunca a más de tres y como estos no conocen más que a su jefe inmediato, aunque los haga picadillo no podrán dar con la madeja. Por cierto que es necesario no confiarle ni a la almohada que nosotros somos los organizadores. ¡Se reirían a carcajadas y no querría entrar ninguno! Hay que hablarles vagamente de un alto y misterioso comité, compuesto de personalidades importantísimas que nadie conoce. ¿Te parece buena la organización?

Tuve que confesarle que me parecía bastante ingeniosa.

- En dos meses tendremos veinte células con sesenta hombres ¡no es nada! pero multiplícalos por tres :son ciento ochenta. Ciento ochenta por tres son quinientos cuarenta y, a la otra reproducción son más de mil seiscientos. En seis meses tenemos invadido de revolucionarios el magisterio, los tribunales de justicia, el ejército, el clero, la masonería y toda la administración.

- ¿Le has hablado a alguien de tu plan?

- Solo a uno.

- ¡Como sea a cierto agente de la Sección de Seguridad que me avisó que

había una conspiración!

Me miró con severidad!

- ¡Déjate de tonterías!

Para confirmarme en su opinión de que el ambiente está

mejor de lo que se supone, me cuenta que ha estado oculto varios días en casa de Pedro Prado. Hasta el plácido y bondadoso autor de Alsino está indignado: Habla de unir a los intelectuales y tiene un proyecto fantástico: Construir un subterráneo, una especie de catacumba para esconder a los conspiradores en caso de peligro. Un sueño de poeta que, si en la práctica no tiene importancia, en el fondo no deja de ser revelador.

El plan de Alejandro Rengifo no deja de parecerme también un poco utópico; pero a lo menos es un plan, y ¿por que no intentarlo?

Al fin de cuentas se trataba de buscar a dos amigos resueltos y discretos.

No me parecía un imposible.